**JUEVES, V DE PASCUA, CICLO B – 10 de Mayo de 2012**

**“… que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.”** (Juan 15, 9-11)

Jesús va preparando su despedida. Invita a los suyos a que permanezcan en su amor viviendo el mensaje que les había transmitido durante aquellos intensos años compartidos.

Permanecer en él es permanecer en el amor del Padre. Al decirles todo esto busca compartir con ellos su alegría por volver al Padre, gozo pleno que promete también a sus seguidores.

Me pregunto si el hecho que Jesús esté junto al Padre es motivo de alegría plena y desbordante para quienes nos sentimos hoy sus discípulos. Debo confesar que me quedo un tanto desconcertado. Creo que identificamos el seguimiento más con las exigencias de un camino que desafía nuestras inconsistencias, que reclama autocrítica, capacidad de retomar los criterios espirituales y morales para dar sentido y orientar el día a día, que con un motivo de especial alegría.

En el diccionario encuentro definida la alegría como un *“sentimiento grato y vivo que suele manifestarse con signos exteriores.”* Los cristianos parecemos más afectados por la cruz que por la resurrección y la unión definitiva y plena de Cristo con su Padre.

No sin razones los jóvenes nos suelen acusar de ser demasiado serios y hasta un tanto aburridos. Basta contemplar la mayoría de los encuentros de los cristianos marcados, en no pocas ocasiones, por liturgias con un toque de parquedad y hasta de tristeza o al menos de indiferencia en lo que hace a la externalización de los sentimientos.

Tampoco se trata de escenificar una alegría que no provenga de lo profundo del corazón. ¡Sería caricaturizar la alegría de la que nos habla Jesús! Por cierto, también en este sentido hay movimientos y comunidades cristianas preocupadas por una externalización de sentimientos que no siempre tienen raíces profundas. El resultado es la provisionalidad de estados emocionales poco consistentes.

La alegría de la que nos hablan los evangelios es profunda, serena, con manifestaciones acordes con esa profundidad y serenidad que nacen de la certeza de sentirnos acompañados por un Dios vivo, cercano y compañero infatigable de camino. Lo que no es compatible con la vivencia del Evangelio son las “caras largas”, la indiferencia emocional y hasta cierta agresividad de base, como si estuviésemos peleados con la vida, actitudes lamentablemente demasiado presentes en nuestras comunidades de vida cristiana.

Danilo Luis Farneda Calgaro

**pastoral** Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL